

Hussein Yassin

Ali, el brigadista

Historia de un hombre recto

Traducción de Antonio Martínez Castro



LITERATURA
ÁRABE
CONTEMPORÁNEA

Ali, el brigadista

Historia de un hombre recto

Hussein Yassin



COLECCIÓN
NARRATIVA ÁRABE CONTEMPORÁNEA

dirigida por:

Rafael Ortega Rodrigo
José Miguel Puerta Vilchez

Coordinación editorial: José A. García Sánchez



Título original árabe: قصة رجل مستقيم علي، *Ali, historia de un hombre recto*

Traducción del árabe: Antonio Martínez Castro

Imagen de cubierta: *Feda'i* (Freedom Fighter), 1976. Suleiman Mansour

© Hussein Yassin

© de la traducción: Antonio Martínez Castro

© Editorial Comares, 2021

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

E-mail: libreriacomares@comares.com • www.comares.com

facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-188-6 • Depósito Legal: Gr. 761/2021

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

Uno de los mayores alicientes de la existencia es encontrar algo nuevo, ir menguando nuestros enormes desconocimientos e ignorancias, reduciendo olvidos. La lectura de este libro nos revela la participación de brigadistas árabes en la incivil guerra entre españoles (1936-1939). Hubo entre ellos algunos procedentes de Palestina, país que sufría por entonces el dolor, la confrontación y el expolio, que sigue sufriendolos.

Este libro lo ha escrito otro hombre palestino, el novelista Hussein Yassin, que visita desde hace años las tierras del sur peninsular. Su testimonio merece, entre otras cosas, nuestro agradecimiento.

Su lectura nos descubrirá también a un conocedor de la literatura árabe contemporánea y excelente traductor de la misma: el profesor Antonio Martínez Castro, a quien aprecio personal y profesionalmente desde hace tiempo.

PEDRO MARTÍNEZ MONTÁVEZ

Eran cinco, cinco hombres con sueños grandiosos y con la esperanza puesta en el cielo. Eran cinco nobles lirios que despuntaban al margen de un regato de perdición que muere en una charca menguante. Empuñaron los fusiles para que el hogar no les fuera profanado por unos cambistas procedentes de Occidente que departían sobre el destino del país. Perseguidos, despojados de sus bienes, del arado y del campo, del abrazo de su gente. Firmes frente a la ruina, firmes. ¡Si los vierais!... determinación muda tocada con una kufiya, fusil al hombro y cartuchera. Cinco hombres rectos, lo mejor de la humanidad en lucha, conducidos a España por sus principios para combatir el fascismo y los vicios del sistema capitalista.

El primero es Ali, miembro del Comité Central del Partido Comunista Palestino. Llegó a España desde la prisión de Acre y cayó en el frente de Madrid. El segundo, Fawzi Sabri al-Nablusi ... el tercero, Nayati Sidqi ... el cuarto, Nayib Yúsuf ... todos ellos fueron enterrados lejos de la patria como cualquier palestino expulsado. El quinto, Malih al-Jaruf, es el único que, infiltrándose de incógnito, volvió a su amada Jerusalén.

PRÓLOGO

Subo por la escalerilla del barco, rumbo a España. No ha venido nadie a despedirme, ni siquiera mis seres queridos.

Voy como voluntario a la guerra de España, que nadie piense que lo hago para escapar de la lucha cruel que mi pueblo está librando ahora.

Hoy en España plantamos la tienda de campaña por un futuro mejor, España es el lugar al que acude la gente libre del mundo. Allí, lo mejor de la humanidad lucha contra el fascismo y la opresión.

España entera es un campo de batalla, de honor. Me rebelo para luchar del lado de los oprimidos contra la injusticia.

De pie en la cubierta del barco, el rígido acero no es amistoso. Las caras de los agentes de los servicios de inteligencia rebosan de alegría, mientras la mía se hunde en el dolor y la tristeza.

Abatido por la preocupación y la asfixia, me detengo en cubierta. La tristeza sale de mi corazón y se eleva como el humo de una ciudad asediada en llamas.

Voy camino al frente, a la terrible y cruel guerra en la que mueres o te matan. Quién sabe, quizá pueda matar y morir a la vez.

¿Moriré lejos de mis padres, lejos de mi hogar?

¿Me levantarán un mausoleo o mi cuerpo reposará en la Tumba del Soldado Desconocido?

Me cargo de valor y doy un paso al frente: *Quien no se aventura, no pasa la mar.*

Llueven los recuerdos...

Vuelvo la vista hacia Haifa; sus bonitas casas se deslizan por la falda de la montaña, se esconden entre los árboles, parece como si fueran una pirámide apoyada en el mar.

Miro el mar, clavo los ojos en el azul oscuro de las profundidades. Unos pescadores reman con brío en sus pequeños botes de regreso a la costa: unos van cargados de perlas, corales e historias hermosas; otros, exhaustos, sólo traen el dolor de la tristeza y la decepción.

En el extremo opuesto de la bahía semicircular que se extiende ante mí está la ciudad de Acre.

Entre Haifa y Acre la vista se pierde en la historia: navegantes fenicios, invasores helenos y romanos, cruzados, piratas de Malta, turcos, comerciantes venecianos, el *bey* Daher al-Omar, Ahmad Basha, apodado el carnicero, y Napoleón que aquí enterró sus sueños.

Por la noche, el faro de Stella Maris señala el camino para los barcos, emite una luz brillante que se divierte sobre la superficie, da vueltas, se acerca y se aleja.

Sigo en cubierta: con la mirada barro la escena como la luz del faro; escucho un rumor que no casa con la intimidad de la naturaleza a la que estoy habituado.

Gaviotas pequeñas y grandes, blancas y grises se acercan a mí, planean alrededor de la nave. ¿Se despiden o me riñen?

Los días en Haifa son claros y brillantes, los vivifica una dulce brisa cargada de frescor que sopla del mar.

Los atardeceres son despejados y alegres, no los enturbian las nubes ni las inquietudes les quitan el sueño. En el cielo taraceado de estrellas hay una luna cobriza —del color de piel de su gente— que se alza en las alturas.

Haifa es una ciudad tímida y alegre, orgullosa de la belleza de su tristeza.

Jóvenes muertas de amor se pasean por la zona de Wadi al-Nisnas, por Halisah y por el barrio alemán. Jóvenes immacu-

ladas y presumidas van por la calle de los Profetas y vuelven por la de los Reyes. Jóvenes doncellas, maquilladas y engalanadas, de madura soltería, ascienden como la Virgen hacia el monte Stella Maris. Los jóvenes apuestos las observan.

Me despido del monte Carmelo que, con su imponente talla, se envuelve en el verdor del bosque.

¡Ah, tierra mía! ... ¡Qué bella eres!

De pie en cubierta, veo el sol bailar en el agua azul y deformarse. La faz del mar se eriza salpicada de limaduras de plata.

De pie en cubierta, recorro con la mirada el vasto espacio por los cuatro puntos cardinales. El día muere, un día distinto a los que pasé con las ovejas en las laderas, en las cimas de las montañas, en los llanos, en plena libertad, en los prados claros donde los toros braman, el burro rebuzna y las hembras responden al reclamo desde lejos.

Mi imaginación revuelta evoca el bello pasado. Recupera los momentos felices y los dulces comienzos.

En mi memoria, en un intento por hacerla útil de alguna manera, vuelvo al principio de todo. Debe haber un punto de encuentro entre el pasado y el porvenir, tiene que haber un rastro del pasado en este lugar y yo tengo que encontrarlo.

Me ahogo en la alberca de los recuerdos.

Mi pasado infeliz pasa ante mí y se postra ante la añoranza del destierro. Me voy de una patria a la que le he dado la miel de la vida y la flor de la juventud. A la que le di un amor que me ha sido devuelto.

¿Volveré de España sano? ¿Discapacitado? ¿Encontraré allí mi sepultura?

¡Haifa! ¡Monte Carmelo! ¡Patria mía! Conforme me distancio, aumenta en mí la quemazón.

¡Haifa! ¡Monte Carmelo! ¡Patria mía! *Añorar el pasado es correr tras el viento.*

Resbalo por el filo de la cuchilla y me parto en dos: mitad pasajero, mitad morador que cuida la casa de sus sueños y protege su fortaleza cautiva. Siento el dolor de la nostalgia oprimirme el corazón.

¿Soy un hombre sin hogar que traeré de vuelta la semilla del dolor?

¿Soy un viajero o un inmigrante?

¿Volveré?

Se me iluminan los ojos con el brillo de las ventanas y las farolas de la ciudad. Las luces se van atenuando y la patria se aleja cada vez más.

La erupción de la nostalgia es un tormento hiriente. ¡Qué desgracia!

Mi primera orfandad, que es la de un padre al que nunca conocí y la de una madre que me dejó cuando todavía gateaba, no me ha dolido tanto como la pena presente. Entonces, mi juicio aún no estaba formado. ¿Acaso la tristeza es la luz de la conciencia?

Mi orfandad actual, ahora que escalo la treintena, me entristece más. Me devuelve con crueldad todas las desgracias de mi miserable vida.

Recuerdo una roca prominente junto a la charca sobre la que un niño lleno de juventud se sentaba mientras los corderos jugaban a su alrededor y pastaban. Su nombre entonces era Ali; ahora es Ibrahímov.

Me acuerdo de Warda, el lirio más largo de Bab al-Zanaya, una rosa fragante, un pecho tierno en el que recostar la cabeza cada vez que estaba preocupado. Fue un sueño hermoso y un amor puro: el amor de la juventud y de la infancia. Pasé junto a ella como lo hace la brisa y la dejé en la orilla del olvido.

Confieso las humillaciones de mi vida.

¡Busco un árbol en la semilla!

Lloro cuando su rostro me viene a la imaginación.

¿Dónde estás hoy, Warda?

Recuerdo el pasado en el campo sujeto al arado, detrás de la yunta, la reja que se hunde en la tierra y la remueve de abajo hacia arriba. Unos pequeños pájaros se posan en busca de los gusanos que acaban de salir, dispersan las boñigas de los bueyes, quizá aparezca una semilla. El surco exhala el olor fresco de la tierra y el campesino se emborracha con su fragan-

cia. ¡Oh, rica tierra! Devuélveme lo que te he dado... ¿Volveré como los pájaros a sus nidos?

Una película violenta pasa ante mis ojos ahora: en las escaleras de la Puerta de Damasco de la ciudad vieja de Jerusalén, los soldados británicos aterrorizan a los ciudadanos; en Jan al-Zayt, no muy lejos del Vía Crucis, repiten las etapas del tormento asesinando a dos personas y dejando decenas de heridos.

A pesar del temor a la muerte, el dolor y la esquizofrenia de los militares, el sentimiento de fraternidad y pertenencia instalado en el corazón de la gente me hace que combata con mis hermanos en las filas del pueblo en lucha.

De pie en cubierta, inmerso en sueños de rosas, pasa ante mí una película de íntimos recuerdos, una sucesión de días radiantes y noches afables que me llevo a España. ¿Se quedarán allí con mi cadáver?

El sol se va a acostar, se apaga poco a poco, recoge con calma sus rayos dorados y tiñe de plomo las nubes dispersas que van hacia al este. Al anoecer, la luz entabla una sangrienta batalla contra la oscuridad, el crepúsculo se inflama y el sol muerto desciende en un sudario de cobre hasta hundirse.

Las sombras se alargan cada vez más. La mía, también. Me doy cuenta de que nosotros, mi sombra y yo, pronto nos separaremos. Salgo de un mundo que conozco bien, que me resulta familiar, hacia un mundo donde se enfrentan la verdad y la mentira. La luz combate la oscuridad y yo, como ser humano que soy, tomo partido por el hombre.

El alma se me ahoga en el abismo del mar. La premonición de morir en la guerra se me viene a la mente y me pide que escriba una elegía. ¿Acaso la elegía es un elogio que tarda toda la vida en llegar? El tiempo pasa despacio, me doy un baño de recuerdos sobrevenidos que me desgarran por dentro.

Yafa lo es todo, ciudad con todas las letras y esqueleto tallado en los huesos de Canaán, los tejados, la calle al-Hilwe, el traqueteo de las ruedas de los coches de caballos a la carrera por las antiguas vías de adoquines, el mercado, los comercian-

tes de naranjas Sanguinelli y Joseph Effendi, los barcos de pesca, la historia y los habitantes. Todo ello, encuadrado en el marco de mi experiencia personal, ha quedado hondamente grabado en la memoria del emigrante desterrado que soy.

La cúpula de la iglesia de Tierra Santa, el alminar de la aljama y la mezquita Hassan Bey, el faro del puerto y la fortaleza descansan con altura y paciencia sobre el histórico peñón. Las cuerdas de los tendedores silban sobre los tejados de las casas bajas y coquetas. Casi puedo percibir el olor a comida que exhalan las cocinas. Las casas humildes, dispersas, ascienden por las colinas; mientras que las grandes y hermosas, en perfecta armonía, caen escalonadas hacia la playa.

Me ahogo en el mar de mi tormento, zozobro al partir y pierdo lo más querido.

Zarpa la nave. Devoro recuerdos hermosos y se me aparece la ciudad vieja de Jerusalén y las huertas de Bab al-Zanaya en un horizonte de fantasía.

A lo lejos, los verdes naranjales ocupan una vasta extensión de tierra; un cinturón que envuelve a Yafa y la reguarda de la pobreza. Las naranjas de Yafa son el orgullo de Palestina. Detrás, las montañas de Jerusalén se elevan desde la costa hacia oriente cubiertas por un tupido brocado de árboles.

En el horizonte más lejano, al fondo de la imaginación y en lo más profundo de la conciencia está Jerusalén, hosca y afable a la vez, respetada y paciente. Es la ciudad de la gloria y la tierra de los profetas; testigo de la historia y fuente de sabiduría.

Por las calles que ayer caminaron reyes, jueces y profetas, hoy caminan soldados, colonos y banqueros. Las bellas moradas de ayer son las ruinas de hoy que la tempestad del odio ha demolido.

Jerusalén es la patrona de los oficios artesanales donde los relatos divinos siguen inspirando el ingenio. La ciudad reúne la seducción del saber y el encanto de la mujer, allí el deseo absoluto de libertad toma la forma de una evasión total.

En Jerusalén todo es mezcla de memoria viva y olvido eficaz. Es la prueba de la dolorosa pérdida al compararla con lo que fue.

En la parte inferior, a izquierda y derecha, se extiende una playa de arena fina y dorada. Unos niños se divierten y un grupo de chicos y chicas susurran tumbados en la arena.

Me ahogo en un mar de tormento y me cuesta partir.

¿Es ésta la patria? ¿Acaso es ésta mi patria?

No conocemos la patria hasta que la abandonamos.

¿Volveré? ¿Cómo? ¿Cuándo?

La reclusión durante el exilio en Haifa fue difícil para Simha y para mí: yo nací para ser libre en la amplitud del desierto y la diversidad de la naturaleza; nací para vivir en espacios abiertos donde la imaginación se despliega y los niños son felices.

Recuerdo los largos días de Haifa con las ventanas cerradas y las cortinas bajadas. Simha lee un libro de Stalin sobre la historia del partido bolchevique en el joven estado soviético. Yo, acostado en la cama, tengo los ojos clavados en el techo de la alcoba; contar vigas es lo único que hago. Mi vida es un vacío sofocante. Repaso la lucha de mi vida como militante. Recuerdo los inicios y la evolución de los acontecimientos. Veo a Simha deprimida. Ambos estamos deprimidos y asustados, no tenemos valor.

Todo empezó en Jerusalén con Simha. Recuerdo, con un cariño especial, a nuestros vecinos de Haifa; el abuelo se opuso a que contrajeran matrimonio a causa del rito en el que se debía desarrollar la boda, entonces el padre de la joven cargó a los hijos y los enseres a lomos de dos burros y una mula y se refugió en Haifa.

Analizo las razones que me arrancaron de Jerusalén e hicieron que buscara refugio en Haifa. Me pregunto qué es lo que me trajo a Haifa.

Por mi mente corre la película de la manifestación de Yafa: violencia, sangre y muerte tienen lugar en mi agotada imaginación. Vuelvo a enfurecerme otra vez con la tiranía de los

británicos y los ardides del Yishuv, la comunidad judía en Palestina antes de la Nakba. Asesinaron a una joven indefensa que estaba en la flor de la vida, *rana que en marzo canta, llega abril y la acallanta*. Un mundo cruel donde no cabe el que discrepa.

Repaso en detalle la historia de Alejandra. Fue una calamidad, el asesinato de una ilusión. Recuerdo, apesadumbrado por la tristeza y el enojo, cómo fui a la casa de Masud. Recuerdo a todos los presentes en una casa que era como una colmena; estaban furiosos por lo sucedido en la manifestación de Yafa y porque los periódicos judíos destacaban que «Una joven judía es asesinada a manos de terroristas árabes» responsabilizando al muftí de incitar al crimen.

Recuerdo con mucho afecto mis días en la tahona donde conocí el mundo de las mujeres, los secretos que atesoraban y sus sueños. Descubrí que las mujeres luchaban por la patria como los hombres. Me pregunté, ¿por qué la sociedad no las equipara a los hombres? Recuerdo a Wafiq, la divertida y lozana, simpática y salada que tenía una atrevida conversación.

La noche sigue. Los recuerdos se suceden. Murmuro, incómodo en la cama de un escondrijo en Haifa, encarcelado en una pequeña alcoba, aislado de la gente y del bullicio de la vida.

De pie en cubierta, fluyen los recuerdos.

Recuerdo a mis compañeros: Mahmud, graduado por la Sociedad Naqshbandi en Yafa, hombre puro y piadoso que cumplía con el deber de la oración en su momento, dispuso un pañuelo sobre la cubierta y se arremangó. Ante la majestad del lugar y el efecto que me produjo la llamada a la oración, me alineé detrás de él para rezar. El resto de compañeros se unió.

Seis «creyentes» de camino a Moscú para estudiar materialismo dialéctico rezaban en grupo, sin realizar las abluciones, en la cubierta de un barco soviético que surcaba el Bósforo. Además, uno de ellos, para más inri, era cristiano.

¿Por qué lo hice?: ¿Por la llamada a la oración? ¿Por el encanto del lugar? ¿Por no romper el consenso? Quién sabe, ¿quizá fuera la nostalgia por mi pasado? ¿Quizá, una forma de recordar la patria?

Quiero que todo el mundo sepa que no hay héroes anónimos. Que todo el mundo sepa que estos héroes fueron personas con nombre y carácter propios. Personas con deseos y aspiraciones. Quiero que todos ellos estén cerca de vosotros, que os acompañen.

Datos Inhumado

Datos del Inhumado

Apellidos y Nombre D.N.I./R.F.
 EL KADIR ALI ABET

Domicilio Habitual Número D.P. Localidad Provincia ó País de Residencia

Tipo RESTOS Sexo Estado Civil Profesión

Fecha/hora: Edad Padre Madre Parentesco

Datos de la Inhumación/Incineración

Fecha/hora Defunción Causa 1 Causa 2 País Nº Expediente

Domicilio Número D.P. Localidad Provincia ó País

Incinerado Fecha/hora Incineración Judicial Juzgado Médico Nº Colegiado

Fecha/hora inhumación Nº Orden Sala Cámara Fecha/hora Ingreso Fecha/hora Salida

Procedencia Número D.P. Localidad Provincia ó País

Datos de la Unidad

Cementerio N.S.LOS LLANOS Zona OSARIO COMUN

Subzona FOSA COMUN

Número OSARIO COMUN Único

Finalizar

Tf.: 902 110 351 - Fax: 915 347 663

<http://www.gespro.org> - cemfun@gespro.org





Hubo centenares de árabes que combatieron en las Brigadas Internacionales en defensa de la República y contra el fascismo. El palestino Ali Abduljálilq —cuyos restos yacen en el osario común del cementerio de los Llanos en Albacete— fue uno de ellos. Hussein Yassin, autor de *Ali, el brigadista*, cuenta en los anexos de la novela cómo encontró la tumba de Ali e incluye el acta de inhumación y la foto de una lápida que puso en su recuerdo. Partiendo de un hecho real e incontrovertible, la novela reconstruye la vida de Ali desde el nacimiento hasta la tumba y recorre los escenarios que lo llevaron de pastorear por la aldea en la infancia a ser un miembro activo del Partido Comunista de Palestina que recibió formación política en Moscú y fue encarcelado varias veces hasta que las autoridades coloniales británicas le dieron a elegir entre cumplir de forma íntegra la condena o abandonar el país para combatir en la guerra civil española, donde transcurre el último tercio del relato.

La prosa combina un estilo lírico y culto en descripciones y recuerdos con un habla popular en diálogos y rica variedad de refranes. La trama es atractiva porque abre una ventana a la vida social y política de Palestina en un momento de gran trascendencia, a la vez que contribuye a conocer mejor la participación de los árabes en la contienda española, un tema que suscita interés de unos años a esta parte.

